



+ Santa Elena, madre del Emperador Constantino +

Catedral de Burgos, VIII Centenario

*“Gozar de la dulzura del Señor
contemplando Su Catedral”*

Imagen del Mes de Agosto

Flavia Julia Helena también conocida como Santa Elena (250-330) fue la madre del Emperador Constantino, por lo que tuvo una destacada presencia en la corte imperial. Durante el reinado de su hijo se convirtió al cristianismo, siendo él quien la impulsó a abrazar el cristianismo. Esta Santa se halla muy vinculada a la Invención de la Santa Cruz, la Vera Cruz donde expiró Jesús, que fue hallada por Santa Elena el 3 de mayo del año 326. De ahí que en su iconografía aparezca casi siempre con una Cruz de gran tamaño, como la representó Gil de Siloé (año 1500) en esta bellísima talla de la Catedral de Burgos.

A la izquierda de Santa Ana, en un compartimento de la misma estructura que los que albergan a esta Santa y a Santa Isabel, aparece Santa Elena en armonía con las figuras de más edad de este piso.

Santa Elena no lleva toca pero va cubierta con un velo corto de estrecha franja rayada y otra más ancha de fondo piqueteado en oro con una inscripción en la que se puede leer: Santa Elena. Sobre el velo se puede observar una corona de doble aro en hilo de oro en espiral.

Santa Elena tiene una expresión serena, con finas cejas y ojos semientornados, nariz recta y boca bien delineada; su rostro, en óvalo redondeado, sobresale de su largo y elegante cuello adornado con un collar de cuentas verdes cuya sombra sobre la carne produce la sensación de estar realizado en relieve. Su rica saya de brocado con figuras geométricas circulares y cuadradas, en dorado, sobre fondo verde, presenta ancho escote curvo adornado con collares de eslabones de oro con piedra azul en forma de rombo en el centro que parece un zafiro. En contraste con esta pesada decoración cubre la parte superior del escote una camisa de muy fino tejido con decoración geométrica en dorado.

Sobre los hombros el manto dorado, que en teoría es mano real, sin grandes diferencias con los que portan otras santas. Sus manos de largos y finos dedos sujetan con la derecha la Cruz y con la izquierda, el libro abierto, como siempre, apoyado en un rico cojín. Bajo la saya adelanta su pie derecho calzado con alcorques.

Destaca esta Santa, con sus bellas facciones, por su gran elegancia, pareciendo sumida en un mundo interior de belleza ideal, al que el espectador no tiene acceso.

El culto a esta Santa es muy antiguo, asociado a la Invención de la Santa Cruz. Su símbolo es el más específico, y su iconografía una de las pocas que la imaginación medieval no alteró esencialmente por tratarse de una figura histórica bien documentada como madre del Emperador Constantino.

Los autores no han dudado en atribuir esta obra a Gil de Siloé y no sólo por su belleza sino por el parecido que presenta con algunas de sus obras documentadas. En su conjunto recuerda mucho a la figura de la Magdalena del retablo de la Cartuja de Miraflores, o a la de Santa Catalina de Alejandría en el mismo retablo, aunque Santa Elena presenta un óvalo menos alargado; sin embargo sus manos, finas y estilizadas, y el plegar quebrado de sus paños arrugados que aparecen bajo su libro, es muy similar en las tres Santas.





Santa Elena en el Misal de Turín-Milán

En esta imagen se representan dos episodios célebres del descubrimiento de la verdadera Cruz; uno y otro se desarrollan en presencia de la emperatriz Elena vestida con un manto azul, forrado y ribeteado con armiño y coronada.

En la miniatura principal, Elena ha delegado la ejecución de los trabajos en un cortesano barbudo, portador de un cetro de oro que da sus órdenes a un cierto Judas, mencionado en la Leyenda Dorada; éste último va vestido suntuosa y dignamente. Bajo su mirada dos hombres están inclinados sobre sus azadones, mientras que un tercero ha dejado su pico al lado para exhumar una primera cruz de la fosa; se distinguen otras dos cruces todavía medio enterradas. La Cruz de Cristo es autenticada en la predela de la página, gracias a un test:

es la que colocada por este Judas y sus dos asistentes, sobre un cadáver amortajado, a diferencia de las dos primeras, hace que el muerto vuelva a la vida.

Esta composición se encuentra ya en el Maestro de Guisa, del entorno parisiense del Maestro de Boucicaut, hacia 1410. De allí pasa al Maestro de Bedford quien la transforma en su Breviario de Salisbury, conservado en París.

La presencia del Crucificado en la letra capital inicial del texto se explica por el texto del Introito de esta Misa:

“Debemos gloriarnos en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo”, Gal 6,14.

